

BIONDI, Karina: *Junto e misturado, una etnografía do PCC* (São Paulo: Editora Terceiro Nome, 2010), 245 pp.

¿Una organización no criminal de criminales? Esta sería quizás la realidad del PCC, el Primer Comando Capital, el PPC (llamado generalmente “el Partido”), de São Paulo, Brasil, cuya descripción emprende Karina Biondi en su disertación de Maestría, convertida ahora en libro. Antes de cualquier cosa, se trata de una investigación realizada en circunstancias muy particulares. La introducción de la investigadora en esta etnografía fue súbita, involuntaria, dolorosa: su marido, acusado de un delito del que no se nos da detalle, pasó seis años en prisión preventiva para ser finalmente absuelto, no sin pasar por distintos centros de detención paulistas. Biondi fue sumergida así en un trabajo de campo, dice ella, tan asistemático como la existencia de su objeto de estudio. Investigación a-sistemática, fragmentaria, parcial (¿pero no lo son todas nuestras investigaciones?) que se llevaba a cabo, principalmente, en los días de visita. Desde el primero de estos, tuvo que socializarse no ya como observadora, sino como “nativa”: los códigos, los procedimientos, las relaciones con los familiares de los otros presos, con los otros presos, con los funcionarios.

Esa conjunción de investigadora e investigada, poco frecuente en las monografías, puede ser encarada de distintas maneras; la empleada por la autora es la de la sobriedad, la de la contención: evitar al máximo transmitir las cargas emocionales de la experiencia, salvo para fines de conocimiento. Tras una revista previa al ingreso a la prisión, una de las primeras veces, Biondi fue objeto por parte de unas funcionarias de un trato particularmente vejatorio, pero, en los propios sentimientos, lo que le importa es la comprensión que así se le abre: “Ya no conseguía contener las lágrimas que corrían por mi cara. Aquel día conseguí entender lo que los presos llamaban *humillación*, sentimiento vinculado a una sensación de impotencia mezclada con rebeldía que puede llevar al odio” (p. 39).

Separar la Biondi observante de la Biondi observada quizás haya sido un mecanismo de protección ante una experiencia tan brutal: es en la grafía etnográfica, nos dice, donde encontraba la separación con sus compañeras de padeceres: “La diferencia entre yo y las otras colegas no aparecía en el lugar de la investigación (y de la visita), sino que se establecía en la escritura posterior de lo que me era dado conocer” (p. 45). También es posible que parte de ese mecanismo de preservación de sí sea la utilización de literatura teórica con frecuencia innecesaria (aunque, otra posibilidad no excluyente, es que en este exceso puedan intervenir las reglas vigentes para la escritura académica de una disertación). Un ejemplo extremo: para definir “árbitro”, “mediador” e “intermediario”, términos de sentido obvio, echa mano de un viejo texto de antropología “procesualista” (p. 126, n. 119), por más que páginas más adelante exprese algo que la lectura del libro vuelve evidente, la incapacidad de buena parte de las nociones de la disciplina para dar cuenta de las relaciones en las cárceles (p. 130).

Una cuestión diferente, que no puedo abordar en esta reseña, es la vuelta a Tarde, el adversario de Durkheim, vía Latour, asumida por Biondi, primando la conciencia de los actores, su capacidad de construir las relaciones en las que se ven envueltos. Solo una observación: para Tarde se trata de la realidad social en la que los agentes nacen y se desarrollan, el mundo cotidiano en toda su inmediatez, facticidad e irrecusabilidad. Las cárceles tienen una realidad diferente; son un fuera del mundo, un margen con una lógica propia en la que cada recluso va a ser —con éxito o no— resocializado de manera alternativa y hasta contraria a como lo ha sido originalmente.

Esta nueva socialización le exigirá respuestas propias; cada preso deberá inventarse como preso. En este caso, la racionalidad y la consciencia de las que habla Biondi tienen una cabida que no veo en sus referentes teóricos.

Pero lo que importa de este libro, aquello que la autora nos exige poner en primer plano, como ella lo ha hecho, aquello por lo que vale, es la realidad que nos revela, la vida en las cárceles en las que la presencia del PCC es manifiesta. Vamos a ello.

El PCC tiene un mito de origen, como lo declara en uno de sus periódicos “salves” (comunicados): “Todo comenzó y nació en la cárcel tras 1992, con el hecho más cruel y cobarde, una masacre contra los presos, la muerte de ‘111’ presos en Carandirú¹” (p. 68, n. 51). A partir de este momento, se abrió un proceso de descentralización de las prisiones, su alejamiento de los principales centros urbanos, la disminución del porte de las que se iban construyendo. Todo esto coincidió con la duplicación de la población carcelaria: entre 1992 y 2002 esta pasó de 52.000 a casi 110.000, mientras que los centros pasaron de 43 a 80. La disminución de la visibilidad de las cárceles ante los ojos de la población para nada redundó en una mejora de sus pésimas condiciones de vida, lo que llevó a una “mega-rebelión” en 2001, en veintinueve prisiones paulistas, con 28.000 presos envueltos y dirigida por el PCC. Este fue su bautismo ante la opinión pública, desbaratando la tentativa de las autoridades de negar primero y después minimizar su existencia. El PCC no nació en medio de la nada, sino que, por el contrario, vino a competir con organizaciones semejantes, y tras su surgimiento, se formaron otras, como el Comando Revolucionario Brasileño de la Criminalidad, que controla algunas prisiones paulistas.

El surgimiento del PCC —esa es la imagen que Biondi transmite a partir de su contacto con presos y sus familiares— cambió de manera radical la situación anterior. Ante todo, acabó con la violencia entre los presos, los abusos sexuales, la primacía del más fuerte: “[...] cuando le pregunté a un preso que pasó más de treinta años de su vida en prisión si hubo algún cambio tras el surgimiento del PCC, sonrió y me dijo con los ojos brillantes: ‘Ah...el Partido! Con el Partido nuestra situación mejoró; no se puede comparar’” (p. 72).

El Partido es una disciplina y una ética que apuntan a mejorar las condiciones de reclusión (“cumplimiento digno de la pena”), regular las relaciones entre los internos bajo el principio de respeto mutuo (“paz entre los ladrones”), y entre estos y los funcionarios. Este último objetivo a veces es logrado por maniobras diplomáticas, en las que la capacidad retórica de los portavoces es un instrumento particularmente eficaz, y otras lleva a confrontaciones fuera de los recintos carcelarios tan graves como los de mayo de 2006 que terminaron con la muerte de más de cuarenta agentes del orden, además de haber logrado paralizar el transporte público de una ciudad de casi dieciocho millones de habitantes, repetidos en julio del mismo año, con menos víctimas aunque con el mismo caos.

El propósito central del trabajo de Biondi es mostrar la lógica del funcionamiento de los miembros del PCC, de los “hermanos”, en las cárceles, su gramática; no se trata, por cierto, de una lógica subterránea, ajena a la consciencia de sus agentes, sino,

¹ Cárcel relativamente céntrica de la ciudad de São Paulo, superpoblada en el momento del motín y su sangrienta represión, que hace tiempo ha sido desmantelada.

por el contrario, un sistema de códigos con los que estos operan, que son objeto de su reflexión y que sufren oportunas modificaciones. El cambio más notable, ocurrido junto al crecimiento de la organización y su expansión a cada vez más cárceles, es la suma a las tres consignas iniciales —Paz, Justicia y Libertad— de una cuarta, Igualdad, que ha llevado a diluir y hasta eliminar las jerarquías en la organización. La práctica del PCC, entonces, debe poder manejarse con la contradicción de que sus órdenes no sean ya órdenes, sino que deban ser más y más consensuadas, un Comando sin comando. Esta es una de las paradojas en las que debe moverse y que el texto de Biondi nos presenta y discute.

El ámbito en el que se juega este ajedrez donde la vida está en riesgo es una relación entre PCC y funcionarios en que una y otra parte permanentemente intentan recortar el poder de la otra. Unos y otros, “hermanos” y guardianes, actúan, al menos teóricamente, como fuerzas monolíticas. Así, por ejemplo, no hay intercambio de favores entre miembros del PCC y funcionarios; una práctica tal está prohibida por la organización que expulsaría a quien cayese en ella. Al mismo tiempo, los presos exigen a sus orientadores eficacia en el trato con las autoridades: la intervención violenta, ilegal e injustificada de los funcionarios contra los presos es vista por estos como una falla de la capacidad negociadora de los “hermanos”.

La autora muestra la dinámica de esa gramática en acontecimientos de tan gran magnitud como una rebelión y fuga, de la que fue “observadora participante” como visita a la que la casualidad le hizo estar en esa cárcel en ese día, a esa hora; otros de magnitud media como un traslado de presos que acabó en el control por parte del Comando de un nuevo presidio, o de magnitud minúscula como una riña menor entre un par de reclusos en una celda. La extrema austeridad del estilo se abre, en estos casos, a descripciones en las que las palabras de los protagonistas están puestas en primer plano; el libro habla del Comando al mismo tiempo que sus miembros hablan a través suyo para darnos una visión inmediata, hasta sensorial, de la cuestión, algo más fructífero, desde mi punto de vista, que la abducción de su práctica y de su teoría desde una práctica teórica tan exótica como la de Deleuze/Guattari o la de Foucault a la que asistimos en diversas partes del libro.

FERNANDO GIOBELLINA BRUMANA
Universidad de Cádiz

GARCÍA PASTOR, Begoña: *“Ser gitano” fuera y dentro de la escuela: Una etnografía sobre la educación de la infancia gitana en la ciudad de Valencia* (Madrid: CSIC. Biblioteca de Dialectología y Tradiciones Populares, XLVIII, 2009), 448 pp.

En la historia escolar de las y los gitanos con frecuencia su fracaso y absentismo escolar se atribuye a sus circunstancias familiares, sociales y culturales; sin embargo, en el proceso educativo intervienen otros actores que tienen gran incidencia y se analizan con menor énfasis.

El objetivo fundamental que se propuso la investigadora al iniciar este trabajo fue el de conocer y comprender el proceso cultural e intercultural que opera en la interac-